

proezas de estos soldados y oficiales en el frente, por ejemplo en el capítulo dedicado a los rumanos de la legión del Arcángel San Gabriel —procedentes de la Guardia de Hierro del movimiento fascista rumano— se dice del Príncipe Alecu Cantacuzina que «manejando un fusil ametrallador, hace huir con su fuego a un carro enemigo, siendo ascendido a Cabo» (p. 170). Más adelante, en el capítulo dedicado a los voluntarios húngaros se habla del más significado de estos combatientes, Inocencio Kadar Szas, alistado como legionario en 1924 quien consiguió ascender a subteniente en 1934 y luchar en la península en 1936. De él se dice: «...hizo frente con su Sección el ataque de cuatro carros rusos y cuatrocientos milicianos a los que rechaza *al arma blanca* (sic), los hechos ocurrieron en la zona comprendida entre Boadilla del Monte y Majadahonda...» (p. 192). Resulta obvio que este tipo de afirmaciones sobre las dramáticas peripecias de estos combatientes en España, tomadas fielmente de los historiales personales, no deberían interpretarse por el lector al pie de la letra porque, al igual que las versiones de los diarios, ofrecen en más de una ocasión una perspectiva irreal.

En conjunto, la obra de José Luis de Mesa tiene el gran mérito de aportar la biografía esencial de unos voluntarios que por razones ideológicas tomaron partido por la España sublevada. Hasta el presente los orígenes de estos voluntarios se habían centrado en las brigadas internacionales del ejército republicano, este autor complementa el vasto capítulo de la internacionalización de la Guerra Civil reuniendo de forma pormenorizada las referencias sobre unos voluntarios que habían permanecido injustamente en la sombra, su gesta, como la de *los otros*, no cabe duda que tiene un gran valor histórico.

A falta de un índice onomástico el autor incluye una selección de fotografías de algunos voluntarios, un material histórico escaso en los archivos oficiales, obtenido gracias a la correspondencia del autor con los excombatientes. En resumen, una obra de consulta necesaria para aquellos hispanistas interesados en el estudio de la repercusión exterior de la Guerra Civil española.

Alesund College, Noruega

AITOR YRAOLA

CREACIÓN

Ugarte, Pedro. *Pactos secretos*. Barcelona, Anagrama, 1999, 167 pp.

El rostro de la miseria cotidiana se ha transformado definitivamente en la España de los noventa. Mario Nork, el protagonista de *Pactos secretos*, pertenece a la estirpe de los desheredados. Escritor que no escribe, diletante en las demás actividades cotidianas, la posibilidad de capitalizar una herencia se convertirá en el detonante para unas expectativas

vitales realmente tradicionales en la historia de la cultura española: el vivir de rentas.

Pedro Ugarte construye su novela sobre principios estructurales tradicionales. Tenemos un narrador omnisciente, un apoyo relativo en el diálogo para la construcción de la acción y un personaje central claramente diferenciado en torno a cuyas vicisitudes se articula la acción. En ocasiones se echa de menos un mayor peso de los diálogos en el desarrollo de la acción pero, por otra parte, las extensas narraciones en tercera persona contribuyen a la creación de una atmósfera pesada, apropiada para una persona tan incapacitada para la acción como es Mario Nork.

En la novela se abordan asuntos de carácter social y político importantes en la España de los noventa, como son la problemática acuciante del acceso al empleo o el arribismo político. La novela comienza con el protagonista firmando el finiquito de un empleo miserable, obtenido a través de una empresa temporal, calificada como «entidad prostibularia» (13). A modo de paradoja, mientras el escritor se debate en la precariedad laboral, los lectores del único libro que ha publicado le acusan de que sus personajes «trabajan demasiado» (29, 74). Por las páginas de la novela desfila también una crítica acerada del oportunismo político a través de la figura de Álvaro Lopategi. Se trata de un empresario, miembro de las delegaciones que acompañan al *lehendakari* vasco, «séquito palaciego» (97), durante sus viajes oficiales. A lo largo del capítulo diez de la novela se interrumpe la acción para ilustrar la personalidad del hombre al que se enfrenta Mario. La extensión del capítulo lo hace rozar el límite de la digresión, pero a cambio se nos muestra con claridad su falta de escrúpulos. Del mismo modo que el narrador omnisciente indaga en la psique de Mario, lo hace en la de Lopategi, haciéndonos saber que sus «intereses eran sus principios» (103), que en su juventud «aparecía tocado con boina requeté y camisa falangista» (101) y que considera la democracia un gran teatro que «privaba de razones a la gente sencilla para desencadenar cualquier clase de desórdenes» (102).

Contra lo que se pudiera derivar de las líneas anteriores, en *Pactos secretos* estamos ante la práctica de una novela en la que pesa lo existencial por encima de la crítica social o política. La novela analiza la existencia de Mario Nork, un personaje de su tiempo, en una situación extrema en la que se ve puesto a prueba. Y en este sentido, la novela es también la crónica de su fracaso. El protagonista se debate entre la megalomanía de sus pretensiones y su incapacidad para la acción. A pesar de la insatisfacción con su estado que lo corroee, afronta todo cambio con pavor. Mario es un personaje cuyas esperanzas impostadas se sostienen apenas por la misma inercia que los demás elementos de su vida. Salvo en el caso de su familia, lo único que lo une tanto con sus amigos Renato Navarro y Ernesto Ezkurra como con su novia Regina, es poco más que la fuerza de la costumbre. En la novela se demuestra cómo este

vínculo no es suficiente y precipita las traiciones que Mario sufrirá, así como la quiebra de sus ilusiones. Mario carece de capacidad para transformar su vida y sólo puede ejercer alguna clase de autoridad «delante de personas desprovistas de poder» (28). Al final de la novela, el protagonista parece tomar conciencia con mayor pragmatismo de sus posibilidades, lo que podría inducir a una lectura iniciática de la misma. Sin embargo, es difícil abogar por dicho enfoque pues lo que en la novela predomina es la constatación que Mario efectúa de la quiebra de las esperanzas. Si la mayoría de los procedimientos realistas siguen siendo maravillosos mimbres con los que construir novelas, los «reyes de ilusión» son patrimonio de otros siglos.

The Ohio State University

MATÍAS MARTÍNEZ ABEIJÓN

Floreal Hernández. *Morir en Isla Vista*. Zaragoza, Prames, 1999, 237 pp.

Cuando un historiador y analista de nuestra literatura contemporánea, que ha ejercido su actividad durante cuarenta años en el exilio voluntario —más con ánimo crítico y reivindicativo de las zonas oscuras de la misma (la escritura social de preguerra, p. ej.) que con voluntad institucional—, se decide a escribir una novela, bien se puede colegir que ha intentado sintetizar la experiencia de su vida desde una perspectiva predominantemente intelectual. Si además su narración se centra en los efectos más insatisfactorios de la lucha generacional de mediados del xx —particularizados en los fragmentarios borradores de un tal Víctor Fuentes, «cerebro fugado» de la Península en años sombríos de insumisión y desacato, profesor que fue de la UCSB, ahogado misteriosamente entre Isla Vista y Bodega (en plena geografía californiana de Hitchcock), cuyo albacea, un semiólogo más joven llamado Floreal Hernández trata de ordenar y comentar— podríamos convenir que nos hallamos ante una novela existencial de perdedor. Pero con pulsiones propias de una ansiedad esquizoide que expresa muy vivamente el desvanecimiento de las ilusiones revolucionarias —libertarias, marxianas, sexuales e igualitarias— que alentaron en el mundo occidental antes de que la caída del muro y la globalización neoliberal las redujera a cenizas.

El artificio narrativo distanciador otorga carácter documental de primerísima mano a una crónica autobiográfica desbordante, concebida con humor y angustia, hoy que la literatura y la ideología de la disidencia española enraizadas en los años cincuenta están comenzando a entrar en la historia, como confirma el reciente libro de José Luis Abellán (Espasa-Calpe) sobre los orígenes del movimiento estudiantil en relación con la muerte de Ortega, y su proyección en la transición democrática española, en cuyo proceso contextual se inserta con rango de testimonio directo la novela que comentamos. Crónica de una generación contradic-